



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: De la economía de guerra a la economía de paz

Autor: Angelopoulos, Angelos

Forma sugerida de citar: Angelopoulos, A. (1991). De la economía de guerra a la economía de paz. *Cuadernos Americanos*, 4(28), 143-149.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 28, (julio-agosto de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

DE LA ECONOMÍA DE GUERRA A LA ECONOMÍA DE PAZ

Por *Angelos* ANGELOPOULOS
VICEPRESIDENTE DE LA SEC

NUESTRA VIGÉSIMA SESIÓN ORDINARIA, que señala al mismo tiempo el cuadragésimo aniversario de nuestra Sociedad —sesión hoy tendrá lugar en esta histórica y solemne Universidad de Padua—, coincide con acontecimientos que han trastornado la estructura mundial en todos aspectos: económico, político y cultural.

La humanidad entra así en un nuevo período de su historia, que permite vislumbrar perspectivas optimistas para su futuro. En efecto, el acuerdo inicial entre Reagan y Gorbachov —que condujo a una estrecha cooperación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética— ha traído aparejadas, a fines de la década de los ochenta, transformaciones geopolíticas fundamentales.

La adopción de un desarme progresivo, la democratización del sistema comunista en la URSS con la adopción de una economía de mercado, la evolución democrática en los países del Este después del desmoronamiento del sistema marxista y asimismo de la introducción de una economía de mercado, la unificación de Alemania y, sobre todo, los Acuerdos de Londres firmados en julio de 1990 —que pusieron definitivamente punto final a la guerra fría, con el compromiso por parte de los miembros de la OTAN y de los miembros del Pacto de Varsovia de evitar el recurso a la violencia y de no tomar medidas contrarias a los principios y a los objetivos de la Carta de las Naciones Unidas— abren el camino para pasar de la economía de guerra a la economía de paz. Un Acuerdo verdaderamente histórico.

La reciente guerra del Golfo —guerra condenada por el conjunto de los Estados-miembros de las Naciones Unidas— ha demostrado la solidez de la alianza de las dos superpotencias, así como el papel decisivo de las Naciones Unidas, que nos permite esperar

que la humanidad emprenda el camino de la paz y de la prosperidad a escala mundial.

De este modo, los problemas que se plantean ahora tanto a escala nacional como internacional deberán ser tratados tomando en consideración la paz, no la guerra.

¡Qué gran evolución en el transcurso de estos últimos treinta años!

En 1958 —hace ya más de treinta años—, al tratar este tema que es hoy el de nuestra Asamblea, es decir "Razón de Estado y razón del hombre", el gran filósofo Umberto Campagnolo, fundador de nuestra Sociedad, lo examinaba frente, "a las armas atómicas". Hoy, nosotros tratamos el mismo tema, pero frente "a la paz"

El Informe de Campagnolo en 1958 daba señales de angustia ante la presencia de "las armas atómicas", es decir ante "una guerra atómica". Campagnolo proclamaba la necesidad de poner fin a la carrera de las armas atómicas que, como él decía, era "una carrera hacia el abismo". Se mostraba pesimista en cuanto al éxito de tal llamado, pues, según él, la causa profunda de la carrera armamentista radicaba en "el pluralismo de la estructura internacional" caracterizada por el antagonismo, por la competencia ilimitada, por una tensión que constantemente pueden degenerar en guerra. Y llegaba a la conclusión de que "no son las armas las responsables de la guerra, es la guerra la responsable de las armas".

Según Campagnolo, no basta con pregonar que "el hombre se halla al borde del abismo" sino que es menester conducirlo por un camino más seguro. Y dicho camino era, según él, "la sociedad universal", objetivo final de la política de la cultura. Esta política debería comprometer a los pueblos "a establecer entre ellos vínculos cada vez más fuertes, a crear y robustecer las instituciones en las cuales las comunidades de intereses franquearán las barreras de las fronteras nacionales, a combatir toda tendencia a restaurar formas y contenidos sociales opuestas al desarrollo de la solidaridad universal".

Y el sueño de Campagnolo empieza a convertirse en realidad.

En efecto, es hacia esta comunidad universal donde se dirige la humanidad. Un primer paso hacia dicha transformación lo constituye la creación de la Comunidad Europea, merced a la unificación aduanal y económica tanto como a la consiguiente unificación monetaria y política.

De este modo, tendremos una Europa extendida desde el Atlán-

tico a los Urales, tal y como era el sueño del general De Gaulle; una Europa que desempeñará importante papel en la solución de problemas económicos, sociales, políticos y culturales no sólo a escala europea sino también a escala mundial.

Pero esta evolución hacia una unificación no sólo de Europa sino del mundo entero se volverá, con el tiempo, inevitable en la era atómica y espacial en que vivimos, la cual impone una coexistencia pacífica obligatoria. Desde el momento en que todos los expertos nos predicen que una guerra atómica sería "un verdadero desastre para todos, un suicidio en masa de la humanidad", la carrera armamentista pierde todo fundamento. Desde el instante en que cada uno de ambos bloques antagónicos dispone de medios suficientes para aniquilar a su adversario, la prosecución de la carrera en pos de una "supremacía" con respecto al otro no sólo no sirve para nada sino que obra en detrimento del progreso económico y social, tanto propio como de los demás países del mundo.

Es aquí donde se localiza la responsabilidad de las dos superpotencias que, a pesar de las advertencias de los expertos, han proseguido su carrera armamentista. Agreguemos que durante el período 1982-1989 se emplearon cuatro trillones de dólares —es decir, 600 mil millones por año, o en otros términos un millón de dólares por minuto— en gastos militares y consagraron dos terceras partes de la investigación al dominio militar. Son las aventuras militares de ambos bloques —en particular la guerra de Vietnam y la guerra de Afganistán, más tarde reconocidas por ellos mismos como graves errores de su política exterior— las que intensificaron la carrera armamentista y la guerra fría.

A pesar de los reclamos de los entendidos, ambos bloques seguían adelante con su rearme, suministrando asimismo armas a los países del Tercer Mundo como en el caso de Irak, cuya guerra provocó tantas catástrofes humanas y materiales, sin contar las consecuencias ecológicas, políticas, económicas que de ella se derivaron.

Sin embargo, se contaba con que el rearme excesivo y continuo no podía conducir más que a un callejón sin salida, a una grave crisis, tal y como fue el caso de la Unión Soviética en particular.

El hecho de que una quinta parte del producto nacional de dicho país fuera destinado a los gastos militares por un régimen totalitario y centralizado que había suprimido toda libertad en cuanto a los derechos humanos y toda tendencia hacia un reajuste del sistema, obligó a los actuales dirigentes de la Unión Soviética a entablar negociaciones con los Estados Unidos para un desarme

progresivo recíproco, preludio de la actual disminución de las tensiones.

De este modo, los dos bloques antagónicos han entendido por fin el mensaje de la era atómica, que impone una coexistencia pacífica y una cooperación económica constructiva entre todos los pueblos.

Permítaseme hacer alusión a mi obra intitulada *¿Unirá el átomo al mundo?* que escribí y publiqué en 1956 después de la primera Conferencia Atómica de Ginebra, libro que fue traducido a trece idiomas y en el cual yo vaticinaba que la energía atómica conduciría forzosamente a la reconciliación de los sistemas antagónicos por la "democratización del comunismo" y la "socialización del capitalismo", porque una guerra nuclear significaría el aniquilamiento de la humanidad entera.

Es necesario mencionar aquí a dos personalidades que, a mi juicio, han contribuido enormemente a esta transformación. Del lado del capitalismo, el economista inglés John Maynard Keynes, a través de su teoría, ha infundido un carácter social a la economía liberal y ha renovado el capitalismo. Del lado del comunismo, Mijail Gorbachov, con su política audaz, ha implantado la economía de mercado transformando el sistema comunista en un sistema de socialismo democrático.

Así, este acercamiento de dos sistemas hasta hace muy poco opuestos, da lugar al establecimiento de un "nuevo orden económico mundial" destinado a resolver los grandes problemas de nuestra época, entre los cuales es preciso citar:

Primero: el problema de la pobreza en el mundo, que fue presentado recientemente en un Informe del Banco Mundial como "algo inexcusable para el mundo civilizado". Basta mencionar que por lo menos mil millones de hombres —es decir la cuarta parte de la población mundial— deben enfrentar su supervivencia con un dólar diario. Señalemos también que, en los países industrializados, la pobreza aumenta en lugar de reducirse.

Segundo: otro problema esencial que empeora con el tiempo es el del medio ambiente. Una reciente conferencia efectuada en Noruega puso de manifiesto no sólo la situación crítica y la extensión de este problema sino también, por desgracia, una indiferencia más que pasiva de los diversos países que deberían tomar medidas eficaces.

Esperemos que la nueva Conferencia Internacional a realizarse

en el mes de mayo del presente año en Neuchâtel, Suiza, logre propuestas más eficaces, dado que los daños al ecosistema alcanzan dimensiones internacionales por el hecho de que la polución del aire no conoce fronteras y, como lo recalcan los organizadores de esta conferencia, "es el planeta en su conjunto el que se ve afectado".

Tercero: se trata de la deuda del Tercer Mundo, cuyo total ya supera 1.3 trillón de dólares con un servicio anual que esos países no pueden costear, lo cual paraliza y bloquea su desarrollo. Aquí no puede explicarse la actitud de los países industrializados, que apenas alcanzan a cubrir tan sólo la mitad de la ayuda para los países pobres —ayuda estipulada por una decisión común de las Naciones Unidas en 0.7% de su PNB— desde el momento en que aquéllos, exclusivamente para operaciones bursátiles, destinan 600 mil millones de dólares diarios de los cuales sólo un 10% corresponde a inversiones, en tanto que el resto se orienta hacia la especulación.

Cuarto: por último, la disminución progresiva de los gastos militares —que políticamente debería asimismo conducir al control de las ventas de armas— contribuirá no sólo a fortalecer los gastos productivos y sociales sino también a promover la investigación, y más particularmente la concerniente a "la fusión termonuclear". Esto significa poder domesticar una inmensa energía contenida en las "bombas de hidrógeno", domesticación que, según los expertos, podría lograrse mediante un presupuesto de unas cuantas decenas de miles de millones de dólares y en un lapso de unos diez o quince años. Dicho presupuesto permitiría la aceleración de las investigaciones actuales, las que hasta ahora han dado resultados sumamente alentadores.

Para comprender el significado de esta domesticación de la "fusión" bastará con decirles que, en una reciente conferencia sostenida en Lyon, los expertos informaron que para la electrificación durante un año de una ciudad grande, como por ejemplo París, sería suficiente con utilizar la cantidad de hidrógeno contenida en ¡un solo vaso de agua!

Este ejemplo basta para comprender el significado de tal conquista, la cual resolvería definitivamente y a bajo costo el problema energético del planeta, liberando así a la humanidad de su esclavitud con respecto al petróleo.

*

* *

He aquí algunos problemas de considerable magnitud que deberían conformar el contexto de un plan global, de una estrategia mundial colectiva basada en la solidaridad de todos los países, ricos y pobres, que por sí sola podría asegurar la paz y la prosperidad.

Es necesario comprender a fondo que la prosperidad es una noción universal para todos los pueblos y que, en definitiva, los países ricos no podrán sobrevivir como islotes en un océano de pobreza y de miseria. Agreguemos además que la brecha actual que separa los países ricos de los países pobres —donde los primeros, con el 20% de la población terrestre reciben 3/4 del producto mundial, en tanto que los países del Tercer Mundo, con el 80% restante sólo alcanzan el otro 1/4—, brecha que no cesa de agrandarse con el tiempo, es una de las grandes contradicciones de nuestra época y constituye una amenaza para la paz del mundo. No olvidemos que con la aceleración del crecimiento demográfico en los países del Tercer Mundo, en el año 2010 de cada 100 personas en edad productiva, 83 vivirán en las zonas actualmente subdesarrolladas y sólo 17 lo harán en los países actualmente desarrollados.

Nadie debe ignorar la gravedad de esta situación. Es preciso recordar lo que el gran sabio Robert Oppenheimer declaraba poco antes de su muerte: “Cuando las inmensas poblaciones que viven hoy en día al borde del hambre y de la miseria se tornen conscientes de su situación y de la nuestra, tengo miedo de lo que pueda suceder”.

Ahora bien, la búsqueda de una solución a este inquietante problema es una necesidad urgente por el interés de todos los pueblos.

La reciente guerra del Golfo reveló, entre otras cosas, que la humanidad constituyó “una aldea global”, “una aldea planetaria” en la cual todos los grandes problemas deben encontrar soluciones justas, armónicas y democráticas en un espíritu de solidaridad y de justicia internacional, en el cual “los derechos y las libertades deben ser indivisibles para todos”, tal y como días atrás lo recalca el Papa Juan Pablo II en su mensaje pascual.

Es en este nuevo clima de cooperación y de solidaridad donde las relaciones entre los Estados y los hombres en los campos humanos, sociales, culturales y políticos —tema de nuestra Asamblea— deben ser reglamentadas, a pesar de sus diferencias, en un espíritu democrático y pacífico.

La elaboración de un Plan Marshall mundial basado en el modelo keynesiano, en esta ocasión aplicado a escala internacional —lo cual significaría poner la noción de *Welfare State* a escala planeta-

ria—, permitiría una cooperación estrecha entre los países del Norte —países ricos— y los países del Sur —países pobres—, política que podría resolver los problemas del hambre, de la pobreza y de la miseria que actualmente imperan en una gran parte del mundo.

Pero ¿qué organismo internacional podría tomar la iniciativa para la elaboración de un plan semejante? Las Naciones Unidas, que en la reciente guerra del Golfo demostraron una significativa eficacia, ¿no podrían acaso —coordinando a las demás instituciones internacionales— tomar la iniciativa para elaborar un plan semejante, como lo esperan todos los pueblos del mundo?

Nuestra Sociedad, permanentemente orientada hacia la “sociedad universal” que ha sido la visión de nuestro fundador Umberto Campagnolo, ¿no podría emprender una gestión ante el secretario general de las Naciones Unidas para sugerirle la idea de esta iniciativa? Permítaseme formular tal propuesta.

Traducción de Jorge Padín Videla